

Cuando se alegan las interdicciones legales de que me hablábais, se confunde á las *Hetairas* con las meretrices vulgáres ó *Palakeas*, que en realidad estaban á ellas sujetas, y que se distinguían de las mugeres de la primera clase, tanto ó mas que las *Hetairas* mismas de las *Matronas*, llevando siempre como divisa y sambenito de su mal oficio, levantada la túnica por un lado hasta la cadera.

— Bástame á mí vuestro testimonio para creer cuanto me habeis dicho : pero escrita la primera parte de mi trabajo segun las ideas generalmente recibidas, me veo ahora en la alternativa de afirmar sin pruebas, ó de ponerme en contradiccion conmigo mismo.

— Desde luego os autorizo á ponerme en escena : yo cargo con la responsabilidad de mis asertos. Supongo, sin embargo, que no se trata de prolijas y profundas disertaciones, y que os basta con algunas noticias biográficas.

— No necesito mas.

— Pues las tendreis mañana. »

Al dia siguiente, en efecto, recibí algunas breves y sucintas notas, completas no obstante en lo posible, merced á á las cuales se ha escrito la noticia siguiente que osariamos llamar la *verdadera historia de Aspasia*, si el escritor de Mégara no dejase de cuando en cuando ver en sus páginas que tenia tanto ó mas de libelista que de historiógrafo.

III

Hija de un escultor llamado Rhodos (1), Aspasia á los diez años de su vida leía ya las obras de los poetas y de los filósofos, y muy singularmente las de Pitágoras á quien debió los fundamentos de su profunda ciencia. Su belleza y su discrecion, á dieciseis años, eran tan acabados que en Mileto y en el resto de la Jonia pasaba la hija de Rhodos por un prodigio, deleitándose los mancebos en contemplar la voluptuosa morbidez de sus

(1) Segun Plutarco, su padre se llamaba Axioco : pero seguimos á Polycastor como escritor contemporáneo.
(N. del A.)

hechiceras formas, y asombrándose los ancianos al ver reunidas en ella la gracia á la modestia, el reposo y gravedad de las maneras á la suavidad del acento, y la elocuencia de las razones, el juicio recto al ingenio lozano y cultivado, y el candor de la edad juvenil en fin, con la ciencia de la madura.

« Preciso es, solian decir las gentes, que Rhodos, á pesar de la rebeldía de su cincel, tenga en el entendimiento impresos juntamente los dos tipos de la belleza y de la sabiduría, pues que tal hija ha engendrado, que seguramente no fuera si de consuno la dotasen Minerva y Venus á un tiempo. »

Brillaba en su cenit el sol de la celebridad de Aspasia cuando acertando á desembarcar en Mileto Sofron, antiguo Arconte de Atenas, y oyendo, como no podia menos, hablar de aquel prodigio femenino, entró en curiosidad de verla, visitó al efecto el taller de Rhodos, cuyas obras no se detuvo en comparar lisongero á las del mismo Fidias. Poco menos que enloquecido con tales alabanzas en boca de tan notorio inteligente en obras de arte, como en el mero hecho de admirar las suyas le pareció ser el Ateniense, obstinóse el bueno de Rhodos en ofrecer la hospitalidad en su propia casa á Sofron, quien habiendo visto mas á Aspasia que á las estatuas del taller, y ya enamorado de la jóven, aceptó sin hacerse mucho de rogar las cordiales ofertas de su padre.

Ciertamente un galan de cuarenta y cinco años no tenia grandes probabilidades de enamorar á una niña de diecises ó diecisiete : pero Sofron supo encarecer de tal modo las maravillas de Atenas, y pintar con tan lisongeros colores la vida allí de las *Hetairas*, enalteciendo el poder que ejercian, ponderando su lujo, exagerando sus riquezas, y poetizando el culto que los Atenienses tributaban al saber y al ingenio, con habilidad tan exquisita, que sus palabras hicieron en el pecho de Aspasia mas honda impresion que nunca en él causar pudieran las gracias personales del mas galan mancebo. Encendida pues la llama del deseo en las entrañas de la hermosa doncella, y advirtiéndolo oportunamente el diestro seductor, consiguió por medio de una esclava, que el oro le hizo amiga, que sobre su lecho hallase lo que era objeto de sus deseos : el siguiente billete por él escrito :

« Oh tú, Aspasia, á quien los Dioses colmaron de sus dones! ¿No te basta haber consagrado los años de tu adolescencia á la austera Diosa de la castidad? — Tiempo ya es de sacrificar á la Afródita, cuyo es el fuego de esos bellos ojos con que los corazones inflamas, y á quien debes la hermosura cabal de su propio cuerpo. Tiempo es ya de que el capullo de tu pubertad se abra y dilate como el de las flores. Vente á la ciudad predilecta de los Dioses, Atenas, que Minerva protege, donde preside Apolo, y á quien la Grecia y el Asia con sus tesoros enriquecen. Descollarás tú brillante en medio de todas nuestras bellas *Hetairas*, como Venus entre las Gracias; y tambien allí hallarás un escultor llamado Fidias, único en el mundo, digno de inmortalizar, en mármol, tu incomparable hermosura. »

No se engañó Sofron; ambiciosa mucho mas que enamorada, Aspasia abandonando furtivamente el hogar paterno, media hora antes que su seductor para regresar á su patria, corrió á ocultarse en la galera, donde la halló al zarpar oculta el antiguo Arconte. — En Atenas, generoso como enamorado, y rico lo bastante para dar vado á su generosidad, regaló Sofron á su *Hetaira* una casa en cierta calle vecina al templo de Isis (1), compróle esclavos, é hizole don además de una crecida suma en metálico. Durante los siete meses que, próximamente, duraron aquellas relaciones, fué la morada de Aspasia el cuartel general, por decirlo así, de los hombres mas notables de Atenas por su elevacion y por su talento, entre los cuales mereció la preferencia de la jóven *Hetaira*, Sócrates, no por sus gracias personales ciertamente, pues que era feo y contaba cerca de treinta y seis años, sino por su elocuente manera de decir, sublime y familiar á un tiempo, por la agudeza de su ingenio, y por su inagotable facundia. Esas dotes hicieron que su presencia llegara á ser tan necesaria para Aspasia, que al cabo tuvo el filósofo, aceptando sus ofertas, que instalarse con Xantipa en su casa; á lo cual se prestó sin dificultad, porque algo tenia de parásito, y la perspectiva de un opíparo banquete no dejaba de ser un poderoso estímulo para su filosófica vena. Sócrates y su esposa Xantipa vivian en su propia casa frugalmente de higos pasos, aceitunas y puerros: mientras que

(1) La misma que después de la conquista de Atenas llamaron los Romanos *Via Appia*.
(N. del Erudito.)

al lado de la bella cortesana, y merced á la munificencia de Sofron, regalábanse con tiernos guisantes y succulentos embuchados, sin hacerles ascos á las comodidades, ni escrupulizar los refinamientos.

En pos de Sócrates, entró su discípulo Alcibiades en aquella casa, y como sus prodigalidades le tenian entonces casi arruinado, tardó poco á establecerse allí con su maestro.

Con tal compañía, siendo ya la presencia de Sofron importuna, notificósele, como hubiera debido preveerlo, que estaba allí de mas, siendo la encargada de hacérselo saber la digna Xantipa, para tales oficios como de propósito cortada.

Quedaron pues la juventud y la belleza representadas por Alcibiades, frente á frente con la filosofía y el bien decir personificados en Sócrates; y como era fácil de preveer fué vencido el filósofo: pero tenia este tan grande paciencia y tan profunda longanimidad, cogianle tan poco de sorpresa los golpes de fortuna, era su resignacion tan resistente; y por otra parte Xantipa profesaba una adhesion tan tenaz á la mesa de Aspasia, que no veian esta ni su nuevo amante, medio decoroso de deshacerse de aquellos huéspedes. Alcibiades por respeto á su maestro, Aspasia por miedo á las uñas de Xantipa, que era una verdadera furia, no querian llegar á términos de violencia declarada; ¿cómo salir del paso? Una noche, visto que los huéspedes no se iban, fuéronse ellos de su propia casa, refugiándose en la antigua de Alcibiades, y llevándose consigo cuantos viveres en la de Aspasia encontraron. Sitiado así por hambre el filósofo no tuvo mas arbitrio que abandonar el puesto; Xantipa, furiosa con tan imprevisto cruel desastre para su estómago, juró vengarse de Aspasia, como trató de cumplirlo mas tarde, consiguiendo en vez de arruinarla cual se prometia, hacer su fortuna.

Llegó la época habitual de celebrar las fiestas á Baco consagradas, y en casa del filósofo no habia un óbolo siquiera, segun su acostumbrada dulzura se lo notificó su esposa. Sócrates, prometiendo un poco aventuradamente proveer al banquete nocturno, salió á su hora, y después de correr calles y plazas conversando con cuantos hallaba al paso, regresó á su casa llevando en la mano y con el manto oculto cierto bulto. Por primera vez de su vida acaso, recibió Xantipa con la sonrisa en los labios; puesta la

mesa y en ella los higos pasos y las aceitunas de siempre, como esperando el famoso plato, que sin duda era lo que el filósofo ocultaba. Mas ¡oh cruel decepcion! Sócrates no traía mas que un manojo de cebollas tiernas, don de la cortesana Teodota, á quien habia explicado la teoría de la *caza del hombre*, insinuándole delicadamente que trabajo merece salario.

A vista de tan ascético manjar, el engañado estómago de Xantipa prendiendo fuego á la mina de su violento irascible carácter, hizola exclamar en destempladas voces :

« ¡A qué miserable mortal he ido yo á unirme! En vez de correr calles y plazas seguido de una turba de mancebos holgazanes, de predicarles moral y otra cosa tambien á las cortesanas, y de charlar en la tienda del armero Pistias : mejor hicieras en tomar la lima y trabajar bajo su direccion, ó en manejar la lanzadera del tejedor, ó la lezna del zapatero. Si al menos valieran algunas *dracmas* esas tus arengas, nada te diria, pero tan poco te valen como te cuestan! Para celebrar un dia como este ni un cuarto de cabrito, ni un mal embuchado siquiera.... ¡ un manojo de cebollas! ¿ No se te cae la cara de vergüenza al alimentarte como un esclavo, y tratar asi miserablemente á tu muger?... ¿ Y quién da hijos á la patria?—Nosotras. — ¿ Quién los cria y los instruye hasta que los echais á perder los hombres con vuestras habladurias? — Nosotras.. ¿ Quién da ejemplo de moderacion, de castidad, de templanza, de discrecion, de dulzura, de órden, de economía y de todas las demás virtudes? — Nosotras ; nosotras! Vergonzosamente recludas en casa y á pobreza reducidas, mientras las cortesanas ostentan libres ricas telas y preciosas joyas. — En cuanto á los *señores nuestros*, gobiernan el Estado con palabras y enseñan á las descocadas el modo de robarnos nuestros maridos! — La cosa no puede seguir asi : yo tengo mi plan, y si lo consigo realizar, de otra manera celebraremos las fiestas de Baco el año próximo : mas para mí sola será el banquete, y aquella noche me harás el favor de irte á pasear al Pireo, y de cenar la brisa de los mares. »

Dejó el filósofo tronar, prudente y resignado, la tempestad ; y sentándose á su demasiado frugal mesa, limitóse á decir, entre suspirando al recuerdo de las pasadas delicias, y sonriéndose al pensar en la leccion que á dar iba : — ¡Pluguiera al cielo, Xantipa, que fueras tan econó-

mica de invectivas, como ansiosa te nuestras de delicados manjares! »

Sócrates atribuía tal vez la fuga de Aspasia con Alcibiades al insoporable mal carácter de su muger (1).

Aunque Alcibiades era el hombre mas seductor no solo de Atenas sino de toda Grecia, Aspasia no tuvo nunca por él mas que lo que suele llamarse un *capricho*. Satisfecho el antojo, y disipado el entusiasmo, vióle tal como era : pródigo, libertino, arruinado, y como Narciso de sí propio enamorado. Digamos además que aquel hombre eminente seguía con demasiado empeño las doctrinas de Sócrates en ciertas materias, para que la bella Hetaira no se curara presto y radicalmente del amor efímero que le tenia. Hallóse á punto, dichosamente, para reemplazarlo Fálaris, poeta lírico y erótico ; pero sobre ser el reemplazante todavía mas pobre que el reemplazado, si no presumia de buen mozo, hacíalo demasiado de su ingenio. Moneda á moneda iba desapareciendo el tesoro debido á la liberalidad de Sofron ; y Aspasia que ya no hallaba en el amor compensacion á la pobreza, estuvo además á punto de caer del todo en la miseria, por efecto de los manejos de la amable Xantipa.

Aquella furia, en efecto, como quedara por señora de la casa de Aspasia cuando esta, por salir de sus incomodos huéspedes, se fugó con Alcibiades, y no abandonara el campo sino al cabo de dos meses ; creyendo oportuno tomar sus medidas para reparar la brecha que preveía en sus víveres y economías, y aparentando creer que la usurpada posesion le daba derechos de propiedad, resolvió vender y vendió en efecto la casa como si ella fuera su dueña, y Aspasia una simple inquilina. Ignorante de la estafa, la célebre cortesana regresó á sus lares así que se los dejó libres la pareja filosófica, y vivió en ellos tranquila primero con Alcibiades y con Fálaris luego, hasta que al cabo de un año presentóse el nuevo supuesto propietario á reclamar el importe de los alquileres. Pleito en consecuencia entre Aspasia y Xantipa, ganado como de justicia por aquella: pero lo importante fué que habiéndole un quidam referido el caso á Peri-

(1) Segun nuestro amigo el erudito, corresponde de derecho esta anécdota al §XI. de la 8a. de las *Noches antiguas*, de Aulo Gelio, de las cuales, como es sabido, los *sumarios* solos quedan :—« Quam festiue responderit Xanthippæ uxori Socrates, petenti, ut per » Dionysia largiore sumptu cenarent. »

cles, este comenzó por reirse de la aventura, y luego excitada su curiosidad por los elogios que el narrador le hizo de la belleza y demás perfecciones de la Hetaira, entró en deseos de verla, pues aunque ya llevaba Aspasia seis años en Atenas, la casualidad habia queridó que le fuese hasta entonces desconocida. Visitóla Pericles, y hallándola superior á los encarecidos elogios que de ella le habian hecho, amóla luego y perdidamente.

Pericles era hermoso, y no tenia, como neciamente se ha querido decir, la cabeza en forma de cebolla, sirviendo de pretexto á tal error propagado por los poetas cómicos y satíricos, la calidad y cantidad de sus cabellos algo crespos en verdad y lateralmente superabundantes. Popular y considerado por su elocuencia, su dulzura, su gravedad, y su retirada vida, era Pericles entonces el primer ciudadano de aquella república. Económico además consigo mismo, para poder ser liberal con los demás, sus riquezas eran grandes, y sabia de ellas usar oportunamente; ¿ cómo habia de ser desairado?

Tres años amó apasionadamente á Aspasia, y al cabo hizola su esposa, al cumplir ella los veinticinco.

Como la vida privada de los hombres que gobernaron Estados (dice el autor griego á quien seguimos) es tanto mas interesante, cuanto mayor contraste ofrece con la austeridad de su conducta pública, cuando llenos de decoro en ella, ceden sin embargo como particulares á las humanas flaquezas; no creo faltar á la gravedad histórica refiriendo que nunca Pericles salia de su casa, ó á la misma regresaba sin abrazar á su muger y besarla, y que, sabiendo que uno de los mayores placeres de su esposa tambien, era que le rascaran blandamente la cabeza, prestábase á hacerlo él con todo el condescendiente cariño de una madre á su hijo. Verdad es tambien que Aspasia le fué muy útil para ayudarle á dirigir la república, que gobernó Pericles con toda la autoridad de un tirano; y que nunca le pesó de seguir sus atinados consejos, si bien ella fué la causa aunque no directa de la funesta guerra del Peloponeso, en que la Grecia se desgarró las entrañas con sus propias manos, y en cuya consecuencia se hundió el poderío de Atenas misma.

La preponderancia de la última citada ciudad y su ambicion apenas dis-

frazada alarmaron al resto de la Grecia, que antes de tomar las armas, comenzó la guerra con una nube de sangrientos libelos. De Megara, foco de la oposicion, salian incesantemente satíricos escritos, ridiculizando á Atenas, sus costumbres, sus mas eminentes ciudadanos, su gobierno mismo, contra el cual llegó á lanzarse la grave acusacion de que, malversando los caudales destinados á reedificacion del Templo de Delfos, hacia tributaria á toda la Grecia para embellecer con fastuosos monumentos su ciudad propia. Pericles soportaba en silencio, ó aparentaba despreciar tales injurias; mas un partido de jóvenes ambiciosos, á cuyo frente figuraba Alcibiades, con la mira de obligarle á que con un golpe severamente descargado imprimiese al resto de la Grecia un terror saludable, acusó pública y solemnemente á los Megarienses, del delito de introducir fraudulentamente en el Atica, los mantos y otros tegidos de lana, que constituian el principal producto de su industria. — Un decreto del pueblo prohibió á los de Megara el acceso al puerto como á los mercados de Atenas y á los de todos los demás pueblos y lugares de su dependencia; con cuya medida creyó sin duda Pericles, que satisfecha la popular animosidad, podia cuando menos retardarse una guerra cuyos funestos resultados no se le ocultaban. Mas ni Alcibiades ni su partido estaban satisfechos, ni renunciaron al propósito de provocar un rompimiento de hostilidades en la primera ocasion para ello oportuna; y Megara por su parte protestando contra el decreto como contrario al derecho comun, y atentorio á la paz entre todos los Griegos jurada, envió á Lycanthos, uno de sus ciudadanos para negociar en Atenas la derogacion, ó cuando menos la modificacion de tan severa providencia. — Entonces Alcibiades, cuyo ingenio rebosaba en astucia, desesperando ya de convencer á Pericles, resolvió con mejor consejo provocar sus celos, y por ellos determinarle á la guerra; con cuyo fin supo persuadir á Aspasia á que secretamente recibiese á Lycanthos, asegurándola que rendido á sus hechichos, haria presto traicion á la causa que representaba. Aspasia en efecto recibió secretamente al Embajador de Megara, por motivos políticos exclusivamente: pero Alcibiades cuidó de que Pericles lo supiera, y de hacerle creer que no se trataba menos que de un raptó de su esposa por Lycanthos proyectado.

Creyendo calumniar, decia la intriga, la verdad sin embargo. Lycanthos desde la primera entrevista, habló poco de negocios, bastante de sí y mucho de Aspasia; y esta, cediendo á la fuerza del natural y de la costumbre, estuvo á punto de perderse para siempre, dejando, como al entrar á la vida de Hetaira, á su padre y á Mileto por amor á Atenas, entonces á Atenas y á su esposo por amor á Lycanthos. Mas Pericles, vigilante como celoso, supo á tiempo el proyecto de fuga con todas sus circunstancias de tiempo y lugar, y que Aspasia debia llevar consigo á dos de sus esclavas; con cuyos datos y oponiendo astucia contra astucia formó su plan fácilmente ejecutado después. Tres mendigos egipcios por poco dinero alquilados, vistiéronse de mugeres, y calzadas las sandalias, cubiertos de blancos velos, acudieron poco antes de caer la noche al puerto donde presto á zarpar esperaba el bajel de Lycanthos. Hecha allí la señal convenida, un esquife los condujo á bordo en medio del clamoreo de los marineros atenienses que ponian el grito en el cielo acusando al Embajador de Megara de raptor de mugeres. ¡Pobre Embajador! Júzguese cuál seria su sorpresa al estrechar en sus brazos á un viejo egipcio; porque, para mayor escarnio, viejos y asquerosos eran los tres que le enviaron.

Entretanto y para la muchedumbre fué notorio que Lycanthos habia robado tres de las esclavas de Aspasia; rumor que Pericles no tuvo para que desmentir, pues lo que castigar quiso no fué el hecho, sino la intencion declarada de ofenderlo. Dejó pues al Megariense guardar cuidadosamente á los tres menguados egipcios, para probar su inocencia en caso de acusacion legal, que no llegó á verificarse; y observando en cuanto á su bella, frágil esposa, la filosófica máxima que en siglos muy posteriores formuló Castilla en el proverbio que dice: « Los agravios ó bien vengados ó bien callados, » trátola de allí en adelante como si nada supiera de su proyectada culpa. Pericles habia seguido las lecciones de Sócrates, y su conducta en aquella ocasion demostró que con aprovechamiento, en lo aparente y doméstico al menos; pues con respecto á lo político, hay que confesar que la aventura de Lycanthos contribuyó poderosamente á que el tirano de Atenas no diese oidos á los Embajadores de Esparta que pedian la derogacion de los decretos contra los Megarienses.

A la muerte de Pericles, Aspasia, ya entonces muger de cuarenta años,

unióse á Lysicles, tratante en ganado, á quien el influjo de su mera esposa elevó á la dignidad de Arconte. Murió la incomparable Hetaira de Mileto el quinquagésimo octavo año de su edad; nunca tuvo hijos; ni quedó de su belleza mas copia del natural que un busto por Fideas cincelado, y que, segun nos advierte el erudito á quien debemos estas notas, trasportado á Roma, fué allí casualmente destruido el año 211 de la Era cristiana.

E. D'ARAQUY.

